





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2013, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-755-9

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2014

Primera edición en Loquele Ecuador: Marzo 2017

Tercera impresión en Santillana Ecuador: Abril 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Actividades: Francesca Ayala

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada (actividades)

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: María Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# 300 kilómetros con Rebeca

María Fernanda Heredia



loqueleo



*Para Manuela y Juan Xavier.*

# Índice



Casa de Felipe .....	11
Estación de autobuses .....	17
Autobús Capital-San Vicente .....	23
Salida de la ciudad .....	31
Carretera .....	37
La araña .....	43
Los recuerdos .....	49
La paciencia .....	59
Nariz colorada .....	69
Comenzar de cero .....	77
Bicho peludo .....	85
San Vicente de las Lagunas .....	93
El final, tres semanas después .....	101
Biografía .....	103
Cuaderno de actividades .....	105



Hay historias que comienzan mal y terminan mal. 11

Felipe abrió la ventana, recibió un golpe de viento fresco y enseguida presintió el espectáculo que ocurriría en el parque junto a su casa.

Una señora de vestido azul paseaba a una perra bóxer con la nariz aplastada y cara de pocos amigos. Que no haya confusión: la de la nariz aplastada y gesto de disgusto era la perra, porque la señora lucía muy simpática, la verdad.

En el mismo parque, un señor de pantalón verde paseaba a un perro labrador con

gesto serio. En este caso, el gesto sí correspondía al señor, que iba tan serio como si le apretara la ropa interior; mientras que su perro labrador mostraba esa cara amable que tienen todos los de su raza.

12 Los dos perros se miraron a la distancia por un segundo y se pusieron en alerta.

En el ambiente había tensión, odio a primera vista.

Ambos animales parecían decirse con la mirada: «Este parque es mío, ¡jaleja tus patas mugrosas y peludas de mi territorio!».

La señora de vestido azul dio un tirón al collar y dijo:

—¡Quieta, Polilla!

Pero a Polilla le importó un rábano la instrucción de su dueña.

El señor de pantalón verde tiró del collar del labrador y gritó en inglés:

—*Stop, Waldo!*

Pero Waldo debía hablar chino o ruso, pero no inglés, porque desobedeció la orden del amo y se lanzó a atacar a la perra bóxer.

Cinco segundos duró la pelea. Gruñidos y dentelladas. Saliva espumosa y ladridos escandalosos. No hubo sangre, pero sí unas cuantas mordidas y pelos arrancados. Por suerte, ambos dueños supieron gritar y tirar con fuerza de los collares, como para que sus mascotas recordaran quién manda a quién.

—¡Ay, qué barbaridad! —dijo la señora de vestido azul sujetando a su perra, que continuaba mostrando los colmillos como gesto de amenaza.

—Lo siento mucho, señora —dijo el señor de pantalón verde—, no sé qué le ha pasado a Waldo, siempre ha sido muy manso y educado.

La mujer vio a su perra bóxer y, señalándole con el dedo índice, le dijo:

—¡Pero qué feo espectáculo, Polilla! ¡Esos no son los modales que te he enseñado en casa! ¡Mala, mala!

La pobre Polilla bajó las orejas y ladró avergonzada a su dueña.

14 Mientras tanto el señor de pantalón verde volvió a sujetar con fuerza a Waldo y le dijo:

—¡Qué vergüenza, Waldo! ¡Como si fueras un perro callejero sin educación! ¡Estás castigado!

Y pareció que el labrador comprendió, porque movió la cola, puso cara de bondadoso y soltó un breve aullido que sonó a «lo siento».

La señora de vestido azul se despidió del señor de pantalón verde y cada uno siguió por su camino.

Pero Waldo y Polilla se lanzaron una última mirada de odio, una mirada de esas que

podrían traducirse como: «¡Me las vas a pagar, saco de pulgas! ¡La próxima te arranco la nariz!».

Felipe, que había presenciado todo el espectáculo desde su ventana, escuchó entonces la voz de Mariela, su mamá, que lo llamaba desde la cocina:

—¡A desayunaaaar! ¡Nos atrasamos, Felipe!

Él sacudió la cabeza, vio a los perros alejarse por la avenida y, sonriendo, pensó: «¡Qué animales son los animales!».